

Capítulo 4

El Dios que gobierna sobre todo

Daniel 4

Hay algo único en el cuarto capítulo de Daniel. Es el único capítulo del libro que no fue escrito por Daniel; al menos, él no escribió la mayor parte, sino que fue escrita por un rey pagano: Nabucodonosor.

El capítulo comienza: “El rey Nabucodonosor, a todos los pueblos, naciones y lenguas que moran en toda la tierra: Paz les sea multiplicada” (Dan. 4:1).

En el capítulo anterior, este rey brutal y arrogante erigió una estatua gigante de oro en la llanura de Dura, desafiando así a Dios y el mensaje que Dios le había dado. ¡Ordenó a todos inclinarse ante esa imagen en reconocimiento de su poder o ser quemados vivos en un horno de fuego! Ahora él escribe “a todos los pueblos, naciones y lenguas que moran en toda la tierra”. Y ¿cuál es su mensaje?

“Paz les sea multiplicada. Conviene que yo publique las señales y milagros que el Altísimo Dios ha hecho conmigo” (vers. 1, 2).

La conversión de un rey

¿Qué fue lo que provocó un cambio tan dramático? El capítulo 4 narra la historia de conversión de Nabucodonosor. Es la historia de un rey pagano transformado por el poder de Dios. La liberación milagrosa obrada en favor de Sadrac, Mesac y Abednego por parte de Dios causó una profunda impresión en Nabucodonosor. Ahora es como si estuviera diciendo: “Tengo que

hablar. Dios transformó mi vida radicalmente. Dios me cambió. Dios hizo algo radical en mi corazón, mi mente y mi alma”. Este rey pagano está brillando con la gracia de Dios. Está lleno de la bondad de Dios. Él tocó a Nabucodonosor en el hombro, y su vida cambió radicalmente. Si Dios puede tomar a un jefe de Estado idólatra, cruel y malvado como Nabucodonosor y transformarlo radicalmente, y colocar la paz dentro de su corazón, entonces hay esperanza para ti y para mí. No importa cuán desesperado te sientas, no importa cuánto hayas desobedecido a Dios, no importa cuán culpable te sientas por algún pecado que hayas cometido, si Dios puede tomar a alguien como el rey Nabucodonosor y cambiar su vida, entonces Dios puede acercarse a ti y cambiar tu vida también.

Daniel 4 es el testimonio de Nabucodonosor de cómo Dios cambió su vida. Él era el poderoso rey de Babilonia. Llevaba una vida de lujo, opulencia, popularidad y fama. Tenía cientos de sirvientes que atendían todos sus deseos. Él era rico y poderoso. Él testificó: “Estaba yo tranquilo en mi casa, floreciente en mi palacio” (vers. 4). Pero todo eso estaba a punto de cambiar.

El segundo sueño de Nabucodonosor

Verás, a pesar del reconocimiento de Nabucodonosor de la grandeza de Dios en el capítulo 3, a pesar de haber sido impresionado por las maravillas y las señales que Dios le había mostrado, Nabucodonosor todavía tenía un corazón inconverso. Seguía siendo un gobernante orgulloso y despótico. Así que, Dios le habló de nuevo en un sueño dramático. El rey dice: “Estaba yo tranquilo en mi casa, floreciente en mi palacio, y tuve un sueño que me espantó. Tendido en mi cama, las imaginaciones y visiones de mi cabeza me turbaron” (vers. 4, 5).

Una vez más, Dios rompió la complacencia de Nabucodonosor con un sueño preocupante. ¿Cómo reaccionó el rey? Él reaccionó como lo había hecho antes cuando Dios le envió el sueño de la imagen metálica. Llamó a sus cerebros de confianza: los magos, los astrólogos y los adivinos. Esto, en sí mismo, muestra que Nabucodonosor realmente no entendió al Dios de Daniel. A pesar de sus palabras que ensalzaban al Dios del Cielo y su poder, Nabucodonosor realmente no había permitido que Dios tuviera el control total de su vida. Cayó de nuevo en los mismos viejos patrones, con los mismos viejos resultados que antes.

“Por eso mandé llamar a todos los sabios de Babilonia para que me mostrasen la interpretación del sueño. Vinieron los magos, astrólogos, caldeos y adivinos. Les conté el sueño, pero no me pudieron dar su interpretación” (vers. 6, 7).

El “síndrome de Nabucodonosor”

Nota lo que dice el versículo 8: “Pero al fin vino ante mí Daniel” (LBLA). ¿Al fin? ¿No había pasado Nabucodonosor por esto antes? ¿Había olvidado cómo todos sus sabios habían fallado en interpretar su sueño anterior y que Daniel, solo él, era capaz de decirle el mensaje que Dios tenía para él? ¿No pensarías que Daniel sería la primera persona que vendría a la mente del rey en esta situación? Pero ¿con qué frecuencia exhibimos el “síndrome de Nabucodonosor”? Estamos preocupados por algún problema aparentemente irresoluble. Nuestro estómago está lleno de nudos. Estamos llenos de tensión y ansiedad, y hacemos todo lo que podemos para resolver el problema, todo excepto entregarlo a aquel que puede resolver cualquier problema. Hacemos todo lo humanamente posible, y cuando eso no funciona, por fin, nos dirigimos a Dios. ¡Necesitamos arrodillarnos y llamar a Dios primero!

Así que, finalmente, Daniel apareció para escuchar el sueño del rey. Esta vez, Nabucodonosor recordó lo que soñó. Estaba vívido en su mente. Pero no sabía lo que significaba. “Vi un gran árbol en mi sueño”, le dijo a Daniel. “Ese árbol creció y se hizo fuerte; su altura llegó hasta el cielo. Se podía ver desde todo el mundo. Llevaba abundantes frutos y los animales se resguardaban bajo su sombra. Era un árbol muy hermoso” (vers. 10–12, paráfrasis del autor).

“Mientras estaba en mi cama vi, en las visiones de mi cabeza, que un vigilante y santo descendió del cielo. Y clamó con fuerza:

“ ‘Corten el árbol, desmochen sus ramas, derriben su copa y desparramen su fruto.

“Váyanse las bestias que están debajo de él y las aves de sus ramas.

“Pero dejen en tierra la cepa y su raíz, con atadura de hierro y bronce entre la hierba del campo.

“Y sea mojado con el rocío del cielo, y con las bestias sea su parte entre la hierba de la tierra.

“Su mente sea cambiada de mente de hombre en mente de bestia,

“y pasen sobre él siete tiempos.

“ ‘La sentencia es por decreto de los vigilantes, y por orden de los santos la decisión; para que conozcan los vivientes

“que el Altísimo manda sobre el reino de los hombres’ ” (vers. 13–17).

“Eso es lo que soñé —le dijo Nabucodonosor a Daniel—. ¿Qué significa eso?”

Daniel explica el segundo sueño del rey

El propósito de Dios al enviar este sueño al rey se encuentra en el sueño mismo. En su sueño, Nabucodonosor escuchó a “un vigilante y santo” del Cielo decir que el sueño fue dado “para que conozcan los vivientes que el Altísimo manda sobre el reino de los hombres y a quien él quiere lo da” (vers. 17). Así que, cualquiera que sea el significado de este sueño, su propósito es revelar que Dios gobierna, que Dios está en el control.

En Daniel 1, vimos al Dios que, cuando Daniel fue llevado en cautiverio, convirtió su derrota en victoria. Daniel 1 nos enseña que Dios debe ser alabado, porque él puede tomar nuestra vida destrozada, nuestros sueños rotos, nuestras esperanzas frustradas, y convertirlos en victoria.

En Daniel 2, en el gran sueño de la imagen de metal, vimos a un Dios que revela el futuro. Y vimos que podemos confiar en él con seguridad, porque podemos poner nuestro futuro en sus manos.

En Daniel 3, vimos al Dios que libera. Él es nuestro Salvador, y también nuestro Redentor. Sadrac, Mesac y Abed-nego se adentraron en las llamas para permanecer fieles a Dios, y Jesús descendió con ellos al horno para librarlos de una muerte segura. Así que, en medio de las llamas de nuestra vida, cuando no hay esperanza, él es nuestro Salvador. Cuando llegemos al final del camino, y no haya lugar a donde ir, él es el Salvador.

Aquí, en Daniel 4, vemos a Dios como el verdadero Rey del Universo. Él gobierna sobre los reinos de los hombres. Él está en el control. Dios se revela como digno de ser alabado, porque él es el Rey de reyes, y él quiere ser el Rey de nuestro corazón.

Nabucodonosor estaba en su palacio. Había reconocido la sabiduría y el poder de Dios, pero no había reconocido al Dios del Universo como el Rey de su corazón. Así que, Dios le dio una

llamada de atención. Dios le reveló este sueño de un gran árbol que albergaba y proveía para todo el mundo. Entonces vino un decreto del Cielo: “Corta el árbol, pero deja el tronco en la tierra y sujeten una banda de hierro y bronce a su alrededor”. ¿Qué significaba el sueño? Eso es lo que Nabucodonosor quería saber. Cuando Daniel escuchó al rey describir su sueño, “estuvo callado por algún tiempo, y sus pensamientos lo turbaban. Pero el rey le dijo: ‘Beltsasar [nombre babilónico de Daniel, ¿recuerdas?], ni el sueño ni su interpretación te espanten’. Beltsasar respondió: ‘Señor mío, el sueño sea para tus enemigos y su interpretación para los que mal te quieren’ ” (vers. 19).

Nabucodonosor notó, por la reacción de Daniel a su sueño, que la interpretación no iba a ser positiva para él. Sin embargo, animó a Daniel a no ocultar nada. “No te preocupes”, instó. “Quiero saber qué significa el sueño, incluso si no son buenas noticias”.

Observa la respuesta de Daniel. No le dijo a Nabucodonosor: “Vas a recibir tu merecido ahora. Destruiste mi ciudad, Jerusalén. Me llevaste cautivo. Te lo mereces. Ahora sí que tendrás lo que te mereces. Tu reino va a ser cortado hasta los cimientos. ¡Alabado sea el Dios del Cielo!” Daniel sabía que nunca podría influir en Nabucodonosor, a menos que demostrara genuino cuidado, preocupación y amor por el rey. Daniel es un excelente ejemplo de alguien a quien el cautiverio, el maltrato y la injusticia no lo amargaron, sino que lo mejoraron. Daniel había sido llevado cautivo y separado de su tierra natal cuando tenía unos 17 años, para no volver a ver su casa o a su familia. Dios le había mostrado a Daniel la interpretación del sueño del rey, y no era una buena noticia para Nabucodonosor. Pero Daniel tenía tal amor por este rey pagano que estaba preocupado por lo que el sueño implicaba.

Ese es un ejemplo para nosotros. Nunca seremos capaces de alcanzar con el evangelio a ese esposo o esa esposa que nos ha tratado tan mal, si los tratamos como nos han tratado a nosotros. Nunca influiremos en ese socio que nos estafó al no pagarnos el dinero que nos debe si lo tratamos con odio por su mala conducta hacia nosotros. Verás, Dios nunca nos trata como nos merecemos. Él siempre nos trata con amor, no importa lo poco amorosos que hayamos sido con él. Dios es amor, y es imposible que él no sea amoroso.

Daniel estaba tan asombrado y abrumado por el significado del sueño que no quería decirle nada a Nabucodonosor. Nabucodonosor tuvo que hacer que reaccionara. En el versículo 20, Daniel comenzó a explicar el sueño. “El árbol que viste, que crecía y se hacía fuerte, cuya copa llegaba hasta el cielo, y que podía verse desde los extremos de la tierra, de hermosa copa y abundante fruto, [...] eres tú mismo, que creciste y te hiciste fuerte” (vers. 20–22).

El sueño se vuelve oscuro

Ese árbol representaba personalmente a Nabucodonosor. En el sueño del capítulo 2, la cabeza de oro simbolizaba el reino de Babilonia, no al propio Nabucodonosor. Pero este sueño involucraba al rey como persona. Nabucodonosor había crecido y se había hecho fuerte como el árbol de su sueño. Pero entonces el sueño se volvió oscuro. Daniel continuó con la interpretación:

“Y en cuanto al vigilante y santo que viste, que descendía del cielo y decía: ‘Corten el árbol y destrúyanlo; pero dejen en la tierra la cepa y su raíz, con atadura de hierro y bronce en la hierba del campo; y sea mojado con el rocío del cielo, y su parte sea con las

bestias del campo, hasta que pasen sobre él siete tiempos’, este es el significado, y la sentencia del Altísimo, que ha venido sobre mi señor el rey: Te echarán de entre los hombres, vivirás con las bestias del campo, con hierba del campo te apacentarán como a los bueyes y con el rocío del cielo serás bañado. Y siete tiempos pasarán sobre ti, hasta que entiendas que el Altísimo domina sobre el reino de los hombres y a quien él quiere lo da” (vers. 23–25).

Cortar el árbol representaba el juicio de Dios sobre el orgullo de Nabucodonosor. No se nos dice cómo reaccionó Nabucodonosor a las palabras de Daniel. Estaba preparado para las malas noticias. ¿Le creyó a Daniel? ¿Crejó que el sueño provenía del Dios del Cielo? ¿Crejó que realmente se haría realidad? Tal vez se sintió alentado cuando Daniel continuó explicando que, tal como el tronco del árbol debía permanecer en la tierra, así su reino permanecería, y él sería restaurado al trono algún día.

¿Qué hay de esta misteriosa banda de hierro y bronce que se iba a colocar alrededor del tronco del árbol? En la Biblia, el hierro siempre representa la autoridad y el gobierno (ver Sal. 2:9). El bronce es un símbolo de salvación o purificación.

La fuente del Santuario estaba hecha de bronce, y los sacerdotes se lavaban en ella antes de ingresar en el Lugar Santo, porque era un símbolo de salvación. Así que, la banda de hierro y bronce simbolizaba la autoridad y la salvación. Dios protegería al rey durante su tiempo de juicio. La autoridad y el gobierno de Dios evitarían que alguien más se apoderara del reino. Pero Nabucodonosor perdería su reino y su dominio hasta que “siete tiempos pas[e]n sobre ti, hasta que entiendas que el

Altísimo domina sobre el reino de los hombres y a quien él quiere lo da” (vers. 25).

Dios apela al corazón de Nabucodonosor

El mensaje de Dios a Nabucodonosor fue en realidad una apelación a su corazón. El sueño le mostró lo que sucedería si continuaba en su curso de orgullo, arrogancia e independencia de Dios. Él sería expulsado de la morada humana y viviría con los animales. Comería hierba como los bueyes. La lluvia y el rocío caerían sobre él. Pero un tocón permanecería en el suelo. El gobierno y la protección de Dios permanecerían sobre su reino. Dios le estaba diciendo a Nabucodonosor: “Todo esto no tiene que suceder. No tienes que perder tu reino. No tienes que ser removido de tu trono. Vuélvete a mí, y sálvate de los resultados de tu orgullo y egoísmo”.

Daniel dejó en claro al rey el llamado que Dios le estaba haciendo:

“Y la orden de dejar en la tierra la cepa y la raíz del árbol significa que tu reino te será restaurado, cuando reconozcas que el cielo es el que rige. Por tanto, aprueba mi consejo. Renuncia a tus pecados y haz lo justo, renuncia a tu maldad y sé bondadoso con los oprimidos. Tal vez eso prolongue tu tranquilidad” (vers. 26, 27).

Dios estaba dando al rey Nabucodonosor la oportunidad de arrepentirse, incluso a esta hora tardía. Hay momentos en que Dios nos toca en el hombro. Nos toca una vez, nos toca dos veces, y comenzamos a alejarnos de él, viviendo una vida descuidada, una vida sin oración, preocupados por las cosas temporales más

que por las cosas de la Eternidad. Al alejarnos de él, sentimos su suave golpeteo en nuestro hombro. Una pequeña crisis llega a nuestra vida. Dios no la causa, pero él no evita que suceda porque sabe que puede llevarnos a él. Pero, si continuamos en un curso de negligencia y rechazo, Dios permite que el volumen de su voz se eleve. Su propósito es enseñarnos, en tiempos de dolor, lo que no pudimos aprender en un tiempo más pacífico. Dios te ama tanto que quiere que aprendas las lecciones que necesitas con el fin de estar preparado para el Cielo. Cuando naciste en este mundo, Dios tenía un plan para tu vida. A lo largo de ella, al seguir ese plan y tomar decisiones que están en armonía con la voluntad de Dios, él guía tu vida. Su plan para tu vida es darte felicidad y alegría en abundancia. Hay veces que le pasan cosas malas a la gente buena. Sin que sea nuestra culpa, nuestra vida cambia repentinamente. Incluso en esos casos, Dios está allí para guiarnos más cerca de él y enseñarnos una dependencia más profunda.

A menudo, a medida que nos alejamos de su plan y de su propósito para nuestra vida, Dios nos toca en el hombro. Algo sucede para advertirnos que ya no estamos siguiendo su plan. Dios nos ama tanto que prefiere que pasemos por alguna decepción o tristeza, si es necesario, antes que perdernos por toda la eternidad.

Dios miró a Nabucodonosor, y dijo: “Nabucodonosor, no quiero que pierdas tu trono. Esa no es mi decisión. Pero, si no te arrepientes, la única manera en que puedo alcanzarte es permitir que ocurran circunstancias que te llevarán a ver tu necesidad de mí”.

Dios le da a Nabucodonosor tiempo para arrepentirse

Nota los siguientes dos versículos aquí en Daniel 4. Son algunos de los textos más poderosos de la Biblia. “Todo esto vino sobre el rey Nabucodonosor. Al cabo de doce meses, el rey se paseaba sobre el palacio real de Babilonia” (vers. 28, 29).

Dios le dio tiempo a Nabucodonosor. Doce meses después de su sueño del árbol que iba a ser cortado, ¡Nabucodonosor todavía estaba caminando alrededor de su palacio real sin preocuparse! ¿Puedes imaginarlo? El rey entendió el sueño. Entendió la predicción de que perdería su reino si no hacía cambios en su vida. “Arrepiéntete de tus pecados”, lo había instado Daniel. “Esto no tiene que suceder”. Y no pasó nada durante un mes, dos meses, tres meses, seis meses. No pasó nada durante doce meses. Un año después del sueño, Nabucodonosor todavía vivía de la misma manera en que había vivido antes.

Podemos preguntarnos por qué el rey no prestó atención. Podemos pensar: “Si Dios me advirtiera como lo hizo con Nabucodonosor, yo escucharía y haría cambios”. Pero ¿será tan así? ¿Con qué frecuencia Dios nos toca en el hombro y dice: “Mira, te estoy dando una oportunidad. No quiero retirar mis bendiciones de tu vida y permitir que algo dramático suceda”? ¿Con qué frecuencia, como Nabucodonosor, nos precipitamos de todos modos, viviendo como siempre lo hemos hecho?

Un año después de su sueño, el rey estaba caminando alrededor del palacio real, mirando su esplendor y pensando en la grandeza de su reino. “¿No es esta la gran Babilonia que yo edificué con la fuerza de mi poder, para residencia real y para gloria de mi grandeza?” (vers. 30). Lleno de orgullo mientras examinaba su reino, Nabucodonosor expresó su jactancia. Y, en verdad, Babilonia era grandilocuente. Los arqueólogos han descubierto la antigua Babilonia. Se encuentra en el moderno Iraq, a más de 150 kilómetros al sur de Bagdad. La avenida que

conduce al palacio de Nabucodonosor, “Avenida de las procesiones”, está pavimentada con miles de ladrillos. ¡Cada uno de ellos tiene el nombre de Nabucodonosor estampado en él! Miles de ellos, y todos dicen: “Nabucodonosor”. “Nabucodonosor”. “Nabucodonosor”.

En el apogeo de su arrogancia, este antiguo rey proclamó jactanciosamente: “¿No es esta la gran Babilonia que yo edificué?” Y la Escritura dice:

Aún estaba la palabra en la boca del rey, cuando vino una voz del cielo que dijo: “Rey Nabucodonosor, a ti se te dice: El reino ha sido quitado de ti. De entre los hombres te echan, vivirás con las bestias del campo y como a los bueyes te apacentarán. Siete tiempos pasarán sobre ti, hasta que reconozcas que el Altísimo domina sobre el reino de los hombres y a quien él quiere lo da” (vers. 31, 32).

Nabucodonosor no escuchó la advertencia de Dios. No escuchó la invitación de Dios a arrepentirse. Él no aceptó la misericordia de Dios, y perdió su trono y su razón en un instante. Vivió al aire libre con los animales. La Biblia dice que su cabello creció como las plumas de las águilas y sus uñas eran como las garras de un pájaro. En mi imaginación, puedo verlo. Está en cuatro patas. Su pelo sucio es largo y enmarañado. Tiene barba y su cuerpo apesta. Sus manos están retorcidas; sus uñas son como garras. Este es el hombre que una vez fue el rey de Babilonia. Se sentaba en un trono con el cetro real en la mano. Una vez los ejércitos marcharon bajo sus órdenes. Él era rico más allá de toda imaginación. Tenía palacios de invierno y palacios de verano. Poseía todo lo que se pudiera pedir para deleitar la vista y

tentar el gusto. Pero ahora, sus ojos están vacíos; se ve y deambula como un animal. Lo perdió todo.

Hay un nombre científico para la condición de Nabucodonosor. Es una enfermedad mental llamada locura licantrópica. Si estás interesado, puedes buscarlo en cualquier manual de disfunciones mentales. La locura licantrópica ocurre cuando una persona se percibe a sí misma como un animal, generalmente parte de la familia de los gatos. Se descuida la higiene personal. El individuo camina en cuatro patas, se asocia con el reino animal y se comporta como un animal. La locura licantrópica aparece de repente. A las personas que sufren de esta condición no les importa cómo se ven; no les importa cómo huelen. Empiezan a deambular en cuatro patas. Es una condición muy rara, pero bien conocida por los especialistas médicos en el campo de la salud mental.

Dios permitió que esta extraña enfermedad le sobreviniera a Nabucodonosor. Siete “tiempos”, o años, iban a pasar mientras él viviera como un animal. Pasó un año. Transcurrieron dos años. Tres años, y todavía seguía deambulando con los animales: cuatro, cinco, seis años; sin cambios.

La historia de Nabucodonosor es nuestra historia

La verdad del asunto es que la historia de Nabucodonosor es nuestra historia, la tuya y la mía. Es la historia de la raza humana. Cuando Dios creó la Tierra, les dio el dominio a Adán y a Eva. Ellos eran los gobernantes de la Tierra. Estaban vestidos con un manto real de justicia. Eran parte de la familia real del Cielo. Adán y Eva eran hijos e hijas de Dios. Ellos gobernaron este nuevo planeta. Pero, al caer en el pecado de la rebelión, el orgullo y la arrogancia, ellos lo perdieron. Su naturaleza fue cambiada para que se volviera más fácil hacer el mal que el bien.

Podemos identificarnos con Nabucodonosor. Nosotros también perdimos el camino. Nosotros también tenemos una naturaleza humana cambiada. El pecado nos ha hecho perder nuestra paz interior.

¿Alguna vez te has preguntado por qué es más fácil enojarse que ser paciente? ¿Alguna vez te has preguntado por qué es más fácil ser egoísta que amable? ¿Ya te has preguntado por qué tienes que luchar contra esos pensamientos lujuriosos constantemente? ¿Te has preguntado alguna vez por qué tienes que luchar a cada instante para contener esas palabras críticas? Se debe a que nuestra naturaleza ha cambiado, fundamentalmente, en su esencia. En última instancia, hay algo que está mal en nuestro interior. El profeta Jeremías lo dice claramente: “Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso” (Jer. 17:9).

Las Escrituras muestran que hay esperanza para aquellos que tienen una naturaleza contaminada. Hay esperanza para aquellos que tienen corazones corruptos.

“Al fin del tiempo, yo Nabucodonosor alcé mis ojos al cielo y mi sentido me fue devuelto. Entonces alabé al Altísimo; honré y glorifiqué al que vive para siempre [...].

“En el mismo tiempo mi razón me fue devuelta, y la majestad de mi reino, mi dignidad y mi grandeza volvieron a mí [...]. Ahora yo, Nabucodonosor, alabo, engrandezco y glorifico al Rey del cielo, porque todas sus obras son verdad, sus caminos justos y puede humillar a los que andan con soberbia” (vers. 34–37).

Dios hizo por Nabucodonosor lo que este nunca pudo hacer por sí mismo. Dios cambió el corazón de Nabucodonosor. Y él puede hacer lo mismo por ti y por mí. La Biblia dice: “Si alguno está en Cristo, es una nueva creación. Las cosas viejas pasaron, todo es nuevo” (2 Cor. 5:17). Esta es una transformación tan completa y de largo alcance que es como nacer de nuevo (Juan 3:1-7). Nos convertimos en personas completamente nuevas.

Nabucodonosor se transformó milagrosamente mientras miraba al Cielo. Lo imposible ocurrió. Nabucodonosor no pudo cambiarse a sí mismo, y nosotros tampoco. Ninguno de nuestros intentos de ser pacientes nos hará pacientes. Ninguno de nuestros intentos de ser puros nos hará puros. Ninguno de nuestros intentos de ser honestos nos hará honestos, porque hay algo fundamentalmente incorrecto en nuestro interior. El cambio viene cuando, como Nabucodonosor, miramos al Cielo. No hay otro lugar donde buscar. No hay nadie más a quien mirar. Mirando en nuestro interior, vemos solo nuestra naturaleza humana caída. Pero, al mirar a Jesús, su fuerza se convierte en nuestra fuerza, su justicia se convierte en nuestra justicia, su sabiduría se convierte en nuestra sabiduría, y por la fe, su vida se convierte en nuestra vida. El sueño de Nabucodonosor se cumplió exactamente como Daniel lo había predicho. Pero ¡cuánto dolor y tristeza podría haberse evitado el rey si solo hubiera escuchado la advertencia de Dios y seguido el consejo de Daniel!